

LA PRINCESA DEL PUEBLO

Érase una vez un pueblo que se llamaba *Simprincesa*, se llamaba así, porque en su castillo nunca había princesa. El pueblo lo gobernaba un príncipe muy guapo, pero que no encontraba a nadie para casarse.

Fuera del castillo, entre todos los campesinos vivía una muchacha que se llamaba Sara, era muy buena y trabajadora, por lo que siempre vestía con ropas rotas, su cara siempre estaba sucia, su pelo estaba alborotado y también lleno de paja, así que la campesina era fea, pero siempre ayudaba al pueblo a resolver los problemas sin violencia.

Un día, dos niños se estaban peleando por una naranja:

- Dame la naranja que yo la vi primero, dijo uno.
- No, no te la doy porque yo la cogí antes, dijo el otro.

Entonces Sara les separó diciendo:

- Partir la naranja a la mitad y así los dos tendréis una naranja.

En otra ocasión, los soldados del príncipe estaban persiguiendo a un campesino que había robado un trozo de pan para poder comer, y lo consiguieron atrapar en la calle Berta Pallares, donde vivía Sara. al oír el ruido, salió a ayudar al chico:

- ¡Dejad al muchacho!, él sólo estaba cogiendo un poco de pan para comer, porque nosotros tampoco tenemos mucha comida.

El soldado empujó a Sara y cayó a una laguna. El príncipe, al ver la valentía de la campesina, se acercó a ver si se encontraba bien.

El príncipe cuando ayudó a Sara a salir del estanque, se quedó con la boca abierta y sin palabras, porque el agua de la laguna había limpiado la cara y peinado el pelo de la campesina, de tal manera que ahora Sara era muy guapa y el príncipe se enamoró.

Sara, al ver la bondad del príncipe, también se enamoró de él.

Al poco tiempo, se casaron y gracias a su buen corazón y preocupación por el pueblo, los campesinos nunca más pasaron hambre, y todos fueron felices.

Ahora sólo falta que alguien cambie el nombre del pueblo para terminar este cuento.

Paula Carbajosa Bellido
Ganadora Categoría A

MI PEQUEÑO GRAN JARDÍN DE ORQUÍDEAS

Francisco todas las mañanas se levantaba muy contento, sabiendo que tenía a su mejor amiga Carla cerca de él. Jugaban, iban al colegio juntos, merendaban, reían, lloraban... eran inseparables.

Todos los días, Francisco quería decirle a su amiga Carla lo mucho que la quería, pero el cariño que la tenía era tan grande que no sabía cómo demostrárselo.

- Carla eres tan buena conmigo que cuando sea mayor seguirás siendo mi mejor amiga, y sabes que puedes contar conmigo siempre, te daría y haría por ti cualquier cosa.

- Siempre dices lo mismo Francisco, a ver si un día me lo demuestras – le decía Carla riéndose, porque le decía lo mismo día tras día.

Un día de primavera, Francisco se levantó y dijo:

- Hoy será el día que demuestre a Carla cuanto la quiero. Sé que le gustan las flores así que hablaré con ella.

- Carla, no me tomas en serio así que te traeré a tu habitación un jardín de orquídeas.

- ¡Pero eso es imposible Francisco!, además... ¡sabes que no me gusta nada que arranques las flores del jardín!, las flores se mueren y a mí me daría mucha pena.

Francisco piensa en todo lo que le ha dicho Carla y espera ansioso que sea haga de noche.

- Ya ha salido la luna, es hora de salir.

Coge su patinete azul y se acerca hasta el jardín del Palacio Real del pueblo. Se asombra al ver y sentir tanta belleza junta. Los colores y los olores del inmenso jardín le dejan boquiabierto, quiere entrar, pero no sabe cómo conseguirlo, así que detrás de las verjas observa el paisaje y el oír del agua de la gran fuente central, iluminada con una grandísima farola donde hay sentada una hermosa mujer de bronce. El tiempo pasa y nadie entra y sale del jardín, así que en un descuido del portero de la verja cuando sale un coche real, Francisco entra dentro del jardín y se esconde entre los arbustos de color rojizo, que están a la derecha de la verja.

- ¡Madre mía, cuantas orquídeas juntas!

Francisco no hacía más que mirar la belleza de las flores y lo feliz que se iba a poner Carla cuando se las llevara a su habitación. Así que no perdió más tiempo y se

puso a cavar para poder coger una orquídea de raíz. La metió en una bolsa que tenía en el bolsillo del pantalón vaquero y esperó tras el arbusto rojizo hasta que la verja se volvió abrir y pudo salir del inmenso jardín.

- Por fin voy a poder demostrar a Carla cuanto la quiero.

Pero a pocos metros del Palacio Real Francisco tropezó con su patinete con una gran piedra. Cayó al suelo dejando atrás la bolsa con la orquídea y el patinete.

- ¡Cuánto me duele el tobillo! - decía Francisco intentando hacerse el valiente.

Intentó levantarse, pero no podía. Grito:

- ¡Ayudadme, por favor!, y el portero que estaba tras la verja al oírlo se acercó.

- ¿Qué ha pasado?

Francisco no sabía que decir, tenía miedo por si le pillaba y viera la orquídea que estaba dentro de la bolsa.

- ¡No te preocupes! - dijo el buen hombre ¡llamaré a tus padres y te llevaré al hospital!

- Pero ¿quién cuidara del jardín? - le dijo Francisco con voz entrecortada.

- La mujer de bronce está pendiente de todas y cada una de ellas, ella vigilará que todo esté en orden.

Francisco no podía con su malestar y confesó lo que había hecho y le pidió que cogiera la bolsa donde estaba la orquídea para que la volviera a poner en su sitio.

- Siento mucho haber cogido la flor, pero a mi mejor amiga Carla le gustan mucho las flores y le prometí un jardín de orquídeas en su habitación para demostrarle que la quiero mucho.

El portero, mientras escuchaba sus palabras, lo cogió entre sus brazos para meterlo en el coche real y llevarlo al hospital. Sintió el arrepentimiento de Francisco y le propuso una idea.

- Tú ahora recupérate y cuando estés bien, ven al Palacio con Carla-.

Los ojos de Francisco se humedecieron de alegría, pero también de tristeza por no saber cómo agradecer el buen hacer del portero.

Cuando amaneció, Francisco con su pierna escayolada, llegó a casa con sus padres, que lo fueron a buscar al hospital tan pronto como los llamaron.

Carla, después de desayunar como cada mañana, fue a buscar a Francisco para jugar y pasárselo tan estupendo como todos los días.

- ¿Pero qué te ha pasado? le dijo Carla. Francisco le contó todo con pelos y señales y, según avanzaba en la historia, Carla se emocionaba más y más.

- Quiero que sepas que siempre serás mi mejor amigo y no hace falta que hagas más cosas por mí, porque esto y tu sonrisa diaria me demuestra que me quieres mucho y... Francisco no le dejó terminar y emocionado con ella le dijo:

- ¿Por qué no me acercas al Palacio Real?

- Pero... ¿ahora? no puedo contigo y menos con esa pata chula.

- Hablaré con mi padre para que nos acerque en coche. Dicho y hecho el padre de Francisco los acercó al Palacio Real y en la entrada estaba el portero, que al ver a Francisco se acercó a él, le guiñó un ojo y le dijo:

- Ella debe ser Carla, la amiga que más quieres y por la que a diario la mujer de bronce cuida sus orquídeas y todas y cada una de las flores que tiene este jardín.

- Carla, eres bienvenida a este Palacio para disfrutar de este paisaje cuando quieras - dijo el portero. Carla no sabía dónde mirar, sólo agradecer a su amigo y al portero de toda esa belleza.

Al volver a casa Carla estaba tan agradecida y emocionada con Francisco que le dijo:

- Todo lo que ha pasado me da mucha pena por ti, porque te has hecho daño en el tobillo, pero quiero que sepas que dentro de tu corazón hay millones de orquídeas, no hace falta que vayas el jardín real a robarlas. Con cada beso, caricia, sonrisa, me regalas una flor que brillan y huelen mejor que las de verdad, sin necesidad de cortarla. Francisco muy emocionado abraza a Carla y le da las gracias una y otra vez.

Cada día en primavera, Carla y Francisco pasean hasta el Palacio Real del pueblo, para disfrutar de las orquídeas y miles de flores que cuida y guarda la bellísima mujer de bronce.

Adrián Algara García

Ganador Categoría B

ANA Y EL PEZ

Aquella tarde Ana paseaba a la orilla del río; le gustaba contemplar el reflejo del sol en sus aguas cristalinas. El invierno agonizaba y ya asomaban los primeros brotes de los árboles. A sus 9 años, Ana aún admiraba el milagro de la vida.

Se detuvo y miró al río fijamente; un destello dorado había captado su atención. No, aquello no era el reflejo del sol en el agua; se movía, zigzagueaba, se agitaba en el agua, ... Al fin lo vio: un hermoso pez dorado parecía mirarla fijamente; sus ojos mostraban una profunda pena.

— Hola — dijo la niña; — pareces triste. ¿Quieres jugar conmigo?

Estuvo a punto de caer de espaldas cuando una dulce voz le respondió:

— Hola; me gustaría jugar contigo; pero ésta no es mi verdadera forma. Una bruja me ha encantado y no sé cómo salir de aquí. ¿Quieres ayudarme?

— Claro — dijo Ana compadeciéndose del pez.

— Al otro lado del río vive un anciano muy sabio; él sabrá qué hacer.

Ana se despidió del pez dorado, cruzó el río y se internó en un frondoso bosque; anduvo sin rumbo fijo, admirando la belleza que la rodeaba, hasta que ante sus ojos apareció una cabaña de madera. A la puerta había un anciano con barba y cabellos blancos y muy largos; vestía una túnica azul en la que brillaban cientos de estrellas de plata. Oyó los pasos de Ana, la miró y dijo:

— Bienvenida, pequeña. Siento que algo te aflige. Entra en mi cabaña y podrás contármelo mientras nos calentamos y comemos algo, pues pareces cansada y hambrienta.

Ana dio las gracias a su anfitrión y lo siguió hacia el interior de la cabaña; el fuego del hogar era agradable y un delicado olor a esencias de plantas impregnaba el ambiente. Vio con sorpresa que sobre la mesa había dispuestas dos tazas, dos platos y algunos dulces.

— Te estaba esperando — respondió el anciano a la pregunta que Ana no había formulado. Comamos algo y luego me contarás el motivo de tu visita.

Cuando se sentó a la mesa la pequeña se dio cuenta de que estaba agotada; lo que le había parecido un simple paseo había sido, en realidad, una larga caminata. Tras reponer fuerzas con un buen tazón de chocolate y algunos dulces relató al anciano lo ocurrido con el pez dorado. Éste sonrió y dijo:

— Este encantamiento sólo se produce cuando una bruja muy poderosa logra robar a alguien toda su alegría; para romper el hechizo debes encontrar el árbol de la sabiduría, y a sus pies verás la flor de la felicidad. Pídele un poco de su néctar y llévaselo al pez. Pero ten mucho cuidado, porque si eliges la flor equivocada ambos sufriréis las consecuencias.

Ana se puso un poco pálida; pero era valiente y quería ayudar a su amigo.

— ¿Qué aspecto tienen el árbol y la flor? ¿Dónde puedo encontrarlos?

— Eso depende de ti, de cómo los busques y de lo que quieras encontrar. Piensa bien qué deseas, porque eso será precisamente lo que hallarás. Y ahora descansa; mañana puedes emprender tu búsqueda.

La niña no entendía aquellas palabras, pues creía saber muy bien lo que quería; pensando en su significado se quedó profundamente dormida.

Despertó con los primeros rayos del sol y miró a su alrededor; estaba tumbada sobre la hierba y la casa del anciano había desaparecido. A lo lejos divisó un árbol muy frondoso a cuyos pies una hermosa flor de vivos colores desprendía un delicado aroma. Se acercó a ella; pero cuando iba a pedirle un poco de néctar una idea vino a su mente. Algo no estaba bien, aunque no sabía qué era. Se llevó un gran susto cuando oyó una voz a sus espaldas.

— ¿Te gustan las flores? Cógela, y verás qué bonita quedará en tu pelo.

Quien hablaba era una hermosa mujer que lucía un elegante vestido y numerosas joyas. Por un momento Ana quiso parecerse a ella e iba a coger la flor; pero recordó por qué estaba allí y respondió:

— No quiero una flor bonita; sólo busco el néctar que debo llevar a mi pez.

En el rostro de la mujer se dibujó una mueca de desagrado y su imagen fue borrándose paulatinamente hasta que desapareció, y con ella el árbol y la flor.

Ana siguió caminando y vio un árbol majestuoso de cuyas ramas colgaban monedas de oro. Del árbol salió una voz:

- Creo que me buscabas, y también a la flor dorada que hay a mis pies. Toma algunas monedas, te las has ganado.

Fascinada, la niña alargó su mano; pero enseguida la retiró. ¿De qué le iban a servir unas monedas si quería salvar al pez? Entonces las hojas del árbol fueron perdiendo su color y la flor se marchitó.

Ana estaba desesperada; ¿cómo podría encontrar lo que buscaba? No quería oro, ni belleza, ni ... “Piensa bien qué deseas, porque eso será precisamente lo que hallarás”, repetía la voz del anciano en su cabeza. Sin darse cuenta había estado buscando algo bello, poderoso, importante. Lo que realmente quería no podría encontrarlo de ese modo. Siguió caminando y vio varios robles; a los pies del más viejo había unas prímulas, que ya presagiaban la llegada de la primavera. Entonces se dirigió al árbol:

— Sabio roble, busco la flor de la felicidad para pedirle un poco de néctar.

Por toda respuesta el árbol dejó caer una hoja, que fue a parar a los pies de una de las prímulas; el centro de ésta se cubrió de una especie de rocío, y Ana supo que esta vez no se había equivocado. Con un pequeño frasco tomó algo de aquel rocío, con toda la delicadeza de la que fue capaz, y dio las gracias a la flor y al árbol. Entonces vio a una hermosa joven que se dirigía hacia allí.

— Gracias, muchas gracias. Veo que eres una verdadera amiga.

Ana no entendía muy bien qué quería decir; pero cuando se fijó en sus ojos vio que eran los del pez dorado. Corrió hacia ella y la abrazó.

Un anciano de cabellos blancos y corazón de roble las miraba y sonreía.

Jesús Rodríguez Lombardero

Ganador Categoría C

INVISIBLE

Camino por las abarrotadas calles de una ciudad de México, cerca de las ruinas de Chichén Itzá. No sé qué hora es, pero pronto anochecerá. Mis pasos son lentos y anchos. No me gusta caminar deprisa. De todas formas, no sé a dónde voy, a dónde me dirijo. Solo sé que lejos, hacia las montañas tal vez. Llevo caminado horas, pero ya estoy llegando a una zona montañosa, dónde el viento me azota la cara, dónde puedo ver las estrellas y el sol hundirse en la tierra. Dónde estoy sola o eso creía yo. A cada paso que doy, un crujido suena, cada vez uno diferente. Para mí, es una especie de canción. Tal vez no sea una melodía bonita, pero a mí me gusta.

He sentido que de un tiempo a esta parte me han estado ignorando, rechazando. Cuando camino entre la gente parece que no me ven. Nadie se fija en mí, tengo la sensación de que fuera un fantasma. Intento olvidarlo y me toco la cara, me la froto, a lo mejor tengo algo, me digo. Dejo de pensar en eso.

Veó humo, blanco y espeso proveniente de una fogata cercana. Sigo andando y alzo la vista y para mi sorpresa veo a un cazador. ¡Me alegro de ver a alguien en esta solitaria montaña! Corro a saludarlo y entonces...Lo he traspasado como si fuera un fantasma. No, ¿cómo? ¿por qué? No lo entiendo, me toco el pecho, necesito saber que estoy viva y sin duda lo estoy. No, bueno, no sé, a lo mejor. Corro y corro a mas no poder, estoy asustada, están a punto de estallarme los pulmones, pero sigo. Hasta que tropiezo y caigo.

Abro los ojos despacio. No recuerdo nada, pero entonces, una oleada de memoria me golpea y despierto, así, de golpe. Me levanto lentamente, me duele la cabeza. Me tambaleo, veo doble, borroso. Retomo la compostura y me doy cuenta de que antes no era así, invisible.

Sé que la gente ni me ve, ni me oye, pero no sé ni cómo, ni por qué. La verdad había veces que lo sospechaba, pero nunca me lo tome en serio hasta hoy. Intento recordar si hice algo antes de esto, y sí, lo hice. Y a partir de ahí fueron comenzando las sospechas.

Era un día como otros y teníamos planeado salir a una gruta con las clases de geología y estudiar diferentes tipos de piedras y minerales. La caverna era nueva, la descubrieron hace poco y ya habían asegurado que no hubiese desprendimientos de rocas. La ruta de la gruta no se había explorado mucho, por eso nos acompañaba un

guía. Nos explicó que esta cueva había sido ocupada hace miles de años y que, si teníamos suerte seríamos capaces de observar algunos signos y figuras talladas en la piedra. Nos dijo también que siguiésemos el camino marcado y no nos separásemos del grupo, pues era peligroso.

Pero, como no, yo me separe. Me había parecido ver una amatista, una piedra morada semipreciosa, lo que era un poco extraño en aquellas condiciones. Desgraciadamente me equivocaba, no había nada, sin embargo, me entro curiosidad y seguí por un estrecho camino. Como cada vez había más oscuridad, tenía que adaptar la vista cada dos por tres. Llegue a una pequeña estancia iluminada tenuemente por una reducida grieta en la piedra, que dejaba entrar un poco de luz del exterior

Miro a mi alrededor y me quedo muda, estaba todo lleno de antiquísimos signos, figuras y dibujos. Tropiezo y caigo. Observo rápidamente con qué choque y me sorprendí, se trataba de una pequeña pirámide de unos 30 cm. Estaba perfectamente pulida, hecha con una piedra opaca, ónix, tal vez. Me arrodille ante ella y la toque, en cuanto lo hice sentí un calambrazo que me recorrió todo el cuerpo y me aparte de inmediato, a partir de ahí no recuerdo más.

Esta misma tarde decido regresar a lo que podríamos llamar “lugar de los hechos”, dónde encontré la pirámide. De todas formas, no queda lejos, al cabo de media hora ya he llegado, miro a los lados, no hay nadie, entro. Recorro unas cuantas galerías y distingo el estrecho camino que lleva a la sala y lo atravieso rápidamente.

Cuando llego me maravillo, podría venir todos los días de mi vida aquí y seguir maravillándome. Me acerco a la pequeña pirámide y la toco con la punta del dedo. Instantáneamente un calambrazo recorre todo mi cuerpo, aparto el dedo. Me levanto, decido correr hacia la pared, si me choco ya no soy invisible. Pero en cambio si lo hago significara que estoy condenada a ser invisible toda la vida. Me armo de valor y corro hacia la pared. Me choco brutalmente y caigo hacia atrás. Nada roto, al menos. Me incorporo y me siento a admirar la pirámide, su belleza y su fuerza, reflexiono. La pirámide puede volverte invisible, me imagino las cosas buenas que yo podría hacer, y también las malas que podría hacer yo y la gente si lo supiese.

20 años después:

Soy historiadora, una importante historiadora. Conseguí descifrar los signos, dibujos y figuras de la sala de la gruta. Voy a la cueva siempre que puedo, me gusta, me hace sentir cómoda. Nunca revele a nadie lo de la pirámide. Y lo considero mejor así.

A veces, cuando quiero que nadie me vea, toco la pirámide y pasó desapercibida. He hecho cosas buenas con ella, de lo que me siento orgullosa. Exploro el mundo, y cada día descubro una nueva experiencia, o un pequeño gesto de ayuda, por lo que estoy feliz, muy feliz.

Guardo mi secreto. Es mejor así.

Salma Liceaga Miñambres
Ganadora Accésit “Cabrerizos Educa”